

margen N° 1 - octubre 1992

La contribución de las innovaciones a la ideología tecnológica

Cada cual atiende su juego

Por Jorge Huergo

Jorge Huergo. Profesor de Filosofía y Pedagogía. Docente en la Escuela Superior de Sanidad (Ministerio de Salud y Acción Social) Provincia de Buenos Aires, Argentina.

*Antón, Antón, Antón pirulero; cada cual,
cada cual atiende su juego...*

Quiero acceder al problema del déficit de los paradigmas en comunicación por un camino des-arreglado de géneros, producciones, sensaciones y tecnologías que se hacen masivas en la década del '80. Estos fenómenos, por un lado van aprovechando el espacio dejado por la represión (a principios de la década) y por otro, crean una nueva superposición cultural que tiene por objeto una exaltación de lo privado a la vez que un ocultamiento de lo común.

Para explicar estos hechos deberíamos recurrir a descripciones sociológicas, económicas, políticas, etc. Mi interés, sin embargo, es mostrar "contribuciones" y no explicar causalidades. Mostrar cómo las innovaciones de los '80 propician una disposición cultural favorable a la tecnocracia, a la manera de una variable contribuyente y cómo esas innovaciones hacen a una "cultura" predominantemente burguesa, que toma distancia de la comunicación popular. Estos fenómenos innovadores, por lo demás, contribuyen a la ruptura de modelos categoriales en la teoría de la comunicación, y esto mismo prepara un espíritu que es complaciente con la despolitización.

La personalización en la cultura mediática

¿Desde qué referencia podemos afirmar que en los 80 hubo un proceso de personalización en el marco de una desocialización de lo público? Hay una privatización que va más allá del traspaso económico-administrativo de medios del Estado a manos privadas. A este proceso vivido en los '80, que algunos llaman personalización oponiéndolo a lo masivo, podríamos también denominarlo privatización -en cuanto registra la oposición entre público y privado- o bien particularización, para dar idea de un acontecimiento que como particular, es un momento del universal o del diseño administrativo planetario.

La privatización es cultural, indicado en el progreso de una cultura que escapa al ámbito político y se mueve en la esfera de lo privado. La década del 80 inició una ruta de personalización de los conflictos (e incluso de desplazamiento) más cultural que política; o más aún: divorciando de a poco lo cultural y lo político.

Esta personalización sin duda fue facilitadora de la despolitización y facilitada por una falta de política cultural. Los indicadores de esta privatización -que de por sí plantean una crisis y una necesaria de-construcción de paradigmas- inducen a afirmar que en el transcurso de los '80 se produce una quiebra o al menos una descompostura teórica. Se va haciendo imposible hablar en los términos ideológicos de la "setentina" manipulación, pero también se quebró el modelo informacional debido a la vaguedad de la eficacia transmisiva y el modelo de la semiótica regido por la estrategia de anticipación.

Veamos los indicadores:

1. La normalidad de la radio trucha. La creciente necesidad de superar las ideologías y los ímpetus revolucionarios del '70 (que venían de los '60) se logra a través del aparente desorden de expresiones e informaciones. Gilles Lipovetsky habla de la proliferación de las radios libres en estos términos: "Todos somos disc jockeys, presentadores y animadores (...). Democratización sin precedentes de la palabra: cada uno es incitado a telefonar a la centralita, cada uno quiere decir algo a partir de su experiencia íntima" **-1-**.

Aparecen varias características: bombardeo sensorial (una nube de música, frases entrecortadas, entrevistas confidenciales, "afirmaciones" culturales, regionales, locales, barriales y grupales); exaltación de la intimidad; multiplicación de los emisores (todos podemos hacer de locutor y ser oídos); empobrecimiento del decir; anonimato disolvente de la subjetividad. Esta profusión de expresiones -que le interesa primordialmente al emisor- aparentemente imposibilita la creación o captación del sentido; esto es engañoso, si saltamos a la percepción de un sentido que está más allá y que es omniabarcador: no diría un meta-sentido porque creo que es el único sentido postulado y que es predominantemente ideológico.

Esta situación produce una exacerbación del narcisismo, una gratuidad indiferente a los contenidos: el emisor se convierte en el principal receptor.

2. La anticensura en el video-reproductor. La producción y comercialización de esta nueva tecnología y este nuevo género -que tiene una extensión inusitada al comienzo de los '90- inicia un nuevo concepto y una nueva realización de la libertad, unida a la imposibilitación técnica de la censura y una cultura de la repetición. En principio, la libertad está relacionada con el aburrimiento y posee un criterio de elección derivado de la novedad. Cuando se está aburrido -y si el aburrimiento es previsto mejor- puede alquilarse en una casa de videos una cassette, que en lo posible debe ser novedosa, al menos en el sentido de "no-vista-todavía" **-2-**.

La privatización hace también a la decadencia del cine -no sólo como espectáculo, sino como producción- y además supera la oposición entre censura y anticensura (en la liberal apariencia de anticensura que encierra en sí la eficiente censura). La nueva modalidad es la autocensura, forma extrema de la desregulación. Nadie por sobre el receptor indica "horarios de protección al menor", ni nadie prohíbe públicamente ser receptor a cualquier edad de una película "estrictamente para mayores". El único juicio es el privado, el de la íntima autodisciplina.

3. La sensación zapping. En una época velocísimamente cambiante, dónde es muy difícil saber dónde está la transformación o si hay alguna posibilidad revolucionaria, el hombre participa de diversas formas. La forma control-remoto es la efectiva participación del hombre desde su ambiente

íntimo, en la vertiginosa transitoriedad y diversidad de la administración posindustrial. La posibilidad de cambiar con alucinante inmediatez incentivos, mensajes, luminosidades, palabras, imágenes, es controlada desde un aparatito que da al individuo el poder armar un sentido más allá de la emisión. Simular el asalto en las historias televisivas crea una sensación en que la transitoriedad mantiene la vida viva -3-.

En este zapping existen dos falacias: la del rating y del otro lado, la de la manipulación.

El rating es tan transitorio como el momento en que se establece y es imposible de verificar. La manipulación, por su parte, encuentra un paso previo al de la re-semiotización, que es el de la transitoria elección del emisor.

4. El efecto walkman. Esta es quizá la forma más subyugante de escuchar, la más transportante. Uno escucha en el fondo del cerebro y la música se mueve de un lado a otro jugando, haciendo cosquillas en la masa encefálica y la fantasía parece no ser eso sino el mundo exterior. Todo consiste en conectarse auriculares dentro del oído y comenzar a colorear sonidos. Hay una compenetración que dificulta la sensación de identidad, de ser un sujeto y desdibuja el carácter de objeto real de lo circundante (que llega a perder su circunvalencia). La conexión es una figura clarísima de la desubjetivación, del estado cool frente a la realidad.

Esta indiferencia está dada en la misma indiferenciación entre sonido y yo. Se arriba así a una manera de solipsismo en el que siento tranquilidad, en la que llego a coparme, experimentando una ilusoria hospitalidad (la hospitalidad de un ser desarraigado). Así el walkman es arquetipo de la des-realización y el encantamiento del que a la vez participa -como eléctricamente y en un solo ritmo- todo el cuerpo.

5. La percepción video-clip. El complejo que llamamos video-clip, que ha ido a lo largo de los '80 haciéndose su lugar, es una forma de sobreestimulación basada en una efectista fragmentación. La lluvia de colores e imágenes hace posible la consideración de cada una de ellas absolutamente separadas, tanto en tiempo como en espacio. Es una de las formas de la "avidez de novedades"; en el video-clip es donde privilegiadamente se percibe por percibir, sin llegar a comprender lo visto. El ver no es para entrar en un "ser relativamente a esto", sino sólo para ver. Se es indiferente porque no interesa saber ni estar en la verdad, sino sólo excitarse sin buscar el ocio en la contemplación. Disiparse, desarraigarse continuamente... -4-.

Por otro lado la fragmentación -al impedir la unidad o la comprensión total disuelve la idea del futuro y la suplanta por la de transitoriedad, pero en realidad esta fragmentación se esconde detrás de una concepción omnicompreensiva, que ideológica.

6. La cultura hi-fi. Con este último indicador quiero significar la paulatina explosión que se ha vivido en la década del '80, en especial como explosión musical. La música, en el pasado ligada a acontecimientos épicos, a fiestas, a celebraciones o a ritos, no necesita hoy de músicos y cantores que den sentido a los encuentros, sino sólo de cintas o de compact-discs, o de video-clips, etc., todas formas mediáticas que exceden lo común para tomar su lugar en lo privado.

Esta cultura de tiempo completo responde a una necesidad de permanecer fuera, envuelto en un ambiente sincopado operando una transportación y una desrealización que se percibe como estimu-

lante o embriagante. "La seducción posmoderna es hi-fi. El estéreo se ha convertido en un bien de primera necesidad; hacemos deporte, deambulamos, trabajamos con música" -5-.

El fondo que amalgama los distintos elementos de esta contemporánea tecnología es el ritmo, como entorno permanente, la flexibilidad y la blandura, la movilldad de lo soft y lo cool, vuelve también al individuo cinético.

Las contribuciones de la personalización mediática

Los indicadores mencionados conforman una variable contribuyente que acompaña la instalación de una cultura que a su vez favorece o dispone para la tecnocracia.

Veremos ahora algunos de los puntos en los que -a través de esa cultura- se ve en ventaja la tecnocracia:

El sensacionalismo.

Esta personalización se traduce por el sensacionalismo: un plus de sensación, de vuelo, de vibración, que pone en juego todo el cuerpo. Esta especie de trip sensorial y pulsional pareciera electrificar la persona, favoreciendo desde la "conciencia" individual las políticas descentralizadoras. En cierto sentido se descentra la persona de sí misma, perdiendo su propia fuerza, su ímpetu y su consistencia que la hacía protagonista -en la modernidad- del cambio y la praxis; se diluye la subjetividad y se desvanece lo común. No hay nada más individual y transitorio que la sensación. De este modo se cumple una de las reglas de oro de la era tecnocrática: el discurso posmoderno sostiene que sólo pueden haber consensos locales o parciales, que no deben entenderse como un relativismo frente al universalismo, sino como distintos juegos de lenguaje -6-.

Tal vez sea arriesgado, pero lo paradójico es la producción de una nueva cultura de masas o de un nuevo status dentro de la cultura de masas, que pone más que nunca (incluso más que en la era tipográfica de Gutemberg) el acento en lo individual, en lo íntimo, en la sensación parcial. Pero lo individual standarizado escaparía a la manipulación: en todo caso, ésta consistiría en una aceptada y adecuada automanipulación -o en la consabida autodisciplina. Esto que hace que el receptor también sea el que evalúa la eficacia transmisiva (privatizando a Shanon) y quien pueda darse las estrategias de anticipación (personalizando a Wolf). Es el receptor quien organiza el mensaje a partir de sus propias condiciones de recepción.

La fragmentación.

La exaltación puntual del suceso hace progresivamente incomunicable la experiencia, fragmentada en múltiples mundos privados, en atómicas sensaciones parciales. Esta actitud atomiza el ímpetu de la rebelión hasta el punto de negarse a la rebelión sólo por una cuestión de gusto -7-.

Así como la mostración del deseo oculta la necesidad, la satisfacción de una necesidad puntual, particular, atómica -un fragmento de necesidad- esconde y censura el deseo en cuanto desarreglador, que como tal está potenciado por el conflicto. La autocensura viene a

hacerse efectiva como acallamiento de este tipo de deseo y como apagamiento de la necesidad, de un modo aparente pero convincente, regulador, controlado. La nueva forma de control -a nivel micro o personalizado- tiende para su efectividad a la totalización de la alteridad.

Escasea la decisión -más o menos pública- de poner un producto en el medio. Se decide poner la mercadería emisora en un comercio (en el caso de cassettes para walkman o para video). Luego hay una decisión privada que eligiendo el lugar mediático o la tecnología, también elige el complejo emisor/mensaje. Con lo que el receptor se reafirma no como productor de emisiones sino como elector (libre) de emisiones y mensajes. En esta elección el receptor simula un poder sobre el emisor y el mensaje-simulación decidida en el consumo. Por lo cual, en realidad, su específica y fragmentada libertad está en el consumo.

La fragmentación por otra parte, hace posible la indisoluble relación informatización/poder. La condición posmoderna está impulsada por las implicancias de la "informatización de la sociedad", que redefine el status del saber. El saber, según Lyotard, tiene que poder ser traducido en cantidades de información. El único criterio de legitimación es la performatividad, que impone una lógica del incremento de poder. La existencia de dos canales de información -el reservado a los "decididores" y el dirigido a los usuarios- garantizaría la defensa del status quo en la distribución del poder **-8-**. Un nuevo hedonismo. Hemos mencionado reiteradas veces la participación del cuerpo en ese trip de sensación. La función de la corporalidad es descrita por Baudrillard con el término hedonismo conectado **-9-**.

Se trata de estar conectado con el cuerpo, con el sexo, con el deseo, de manera permanente pero a través de exaltaciones transitorias. Este hedonismo corresponde a un posmoderno empirismo o asociacionismo de sensaciones. No existe sistema alguno de objetos, sino conexiones efímeras **-10-**.

Para Baudrillard, la obsesión por el cuerpo y su transformación en escenario tiene su origen en su inutilidad y anticipa su muerte; de tal manera que hay una fascinación por la actuación -no por la acción-, por la simulación. Tal vez la multiplicación de pantallas (como suplencia del espejo) se deba a una gran e insólita inseguridad de existir. ¿Un panóptico planetario? Para Lyotard, la búsqueda de atomización es una forma de dominio: se iguala todo bajo un único foco de luz: ya no hay misterios **-11-**.

El bombardeo de datos por los medios, a la vez que quitar identidad con el pasado, clausura los proyectos. Pero ese bombardeo está controlado por la vigilancia de un sistema que nos deja en permanente espectáculo, sin secretos: esto es un nuevo y eficiente panóptico, cuyo mayor logro es un control a escala planetaria. Ya Foucault explicó como el diseño arquitectónico del Panóptico de Bentham asegura, a través de la vigilancia, un poder de control y castigo. Esta vigilancia se basa en una estricta división espacial, en una inspección permanente y en la función de la plena luz y la mirada **-12-**.

El estado de visibilidad permanente que garantiza el funcionamiento automático del poder, ahora se instala de modo autorregulado; esta concreción particularizada del panoptismo posibilita directamente una poderosa administración del planeta. En un primer momento -ingenuamente- uno se preguntaría dónde van a parar los imperativos inexcusables que hacen que lo colectivo esté sometido a la satisfacción de falsas necesidades. Esto parecería no responder a una época de lo privado y de una íntima libertad desregulada. Sin embargo, los imperativos (del tipo del se de Heidegger o el il y a de gélinas) resultan ser los únicos elementos no-privatizables que responden a una administración total. Como tales, los imperati-

vos quedan encerrados y explicados por la función ideológica de esta revolución tecnológica, y funcionan como una sobredeterminación de la personalización. Si es así, esta sería una clave en la lectura de los "avances" o innovaciones en los medios y las tecnologías.

Esto quiere decir que el imperativo universal, totalizador, omnicomprendivo que denunció Marcuse como "falsas necesidades" **-13-**, sigue penetrando lo privado y lo particular y haciendo que estas instancias parciales aseguren la administración total. De manera que la privatización no es fruto de la libertad sino simplemente de una simulada "necesidad" (o ananke). Que es lo mismo que decir que lo privado es el requisito posmoderno de la publicidad **-14-**.

La interpretación no se refiere ya a los mensajes o a los emisores, de manera de oponer ideologías interpretativas. La ideología de la no ideología pretende erigirse como única interpretación (única luz) que, en lo privado, toma estado público. Y la única diferenciación privada está en la elección de la tecnología de consumo.

La nueva efectividad del panóptico está dada por el autoconvencimiento o la simulación que consiste en creer que el hombre puede (ahora sí) vivir bajo el principio del placer y así superar la escasez **-15-**.

Esa escasez es el motivo de la vida cultural o civilizada, motivo que -según Marcuse, siguiendo a Freud **-16-** es económico. De este modo, el hombre posmoderno cree liberarse del imperio del principio de la realidad (motivado por un poder económico) y saltar a la posibilidad de un placer irreprimible. Y esta es la esencia del narcisismo actual.

Ahistoricidad, velocidad y fallecimiento de la crítica. La experiencia del tiempo es la de un presente sin pasado ni futuro. Experiencia sin protección, es la llamada esquizofrenia del hombre contemporáneo **-17-**.

Así, el sentido de la historia aparece colapsado. La vida es un collage, un montaje, un recorte; su legitimación está en lo diversamente atómico. Así, todo se nivela y se empobrece, se desgasta, eliminando diferencias y riquezas **-18-**.

El producto es la pérdida de sentido. Este estado permite hablar a Fukuyama de fin de la historia. La posthistoria ejerce una hegemonía netamente económica en el mundo, a través de la armonía y la pacificación que son consecuencias de un liberalismo a ultranza. Toda expresión histórica por lo tanto, resulta marginal y origina conflictos, guerras, enfrentamientos culturales, etc.

La velocidad es la clave espacio-temporal en el funcionamiento de esta administración. Si el espacio posmoderno está caracterizado por la velocidad, ésta imposibilita un tiempo para lo común, para los intereses políticos. En este desierto sólo cabe la intimidad, que a la vez empobrece el imaginario social y el potencial emancipador.

La sobreabundancia de mensajes frenéticamente lanzados hace que no puedan ser absorbidos y el hombre se sumerja en la indiferencia. Este exceso sobreabundante es un refugio lejano al ocio, un encerramiento en el mí-mismo que a veces resulta insoportable. El auto-bombardeo simula una tranquilidad y oculta lo insoportable del yo a través de un ínfimamente transitorio apaciguamiento. El hombre así autorregulado, incapaz de apasionarse.

La revolución soft, las ideologías blandas, las tecnologías blandas, la vida light por la escasez de subjetividad, marcan en lo cotidiano un fallecimiento del pensamiento crítico **-19-**.

La llamada de-construcción en la teoría no alcanza -y hasta en casos adormece- la fuerza práctica de la crítica. El abandono de la crítica y el desencanto parecen alejarnos de un mundo mejor. Nuestra situación de heterogeneidad cultural es un desencanto del "encantamiento", por lo que no es posible abandonarlo y por ello el paradójico desencanto puede tener las características de un imperativo para la subsistencia.

La tecno-ideología.

No sólo hay una función ideológica en la revolución científico-tecnológica (que llega a nosotros en las innovaciones), sino que según A. Gouldner -la ciencia y la tecnología son los elementos básicos de una ideología de la no-ideología- ya que silencia los conflictos éticos y políticos y se erige como administradora de la racionalidad -20-.

Ciencia y tecnología son poderes legitimantes y se supone que la dirección tecnocrática de la sociedad será la garantía de una vida armónica equilibrada y feliz. Este discurso ideológico constituye una gramática de generación (el sentido, e instaura una referencia que reclama una creencia absoluta, mostrándose como el único discurso posible).

Contra J. Habermas, que considera que las realizaciones de la técnica son irrenunciables. Marcuse afirma que la racionalidad tecnológica respalda la legalidad de la dominación, ya que ciencia y tecnología son -en sí mismas y no desde fuera- ideológicas y sirven a un proyecto de dominación a escala mundial -21-.

"Bajo el gobierno de una totalidad represiva, la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación" -22-.

La libertad nuevamente sólo es posible como liberación. Porque la libertad personalizada sigue a la dominación o a la represión excedente -surplus repression- que consiste en las restricciones provocadas por la dominación social, yendo más allá de la represión básica y posibilitando un efectivo control superador de los conflictos.

Con la cesación de los conflictos cesa también el sujeto o al menos se empobrece. Con el apaciguamiento termina la metafísica -23-.

Pero además, como lo afirma Baudrillard en la transparence du mal (1990), se pierde la alteridad y la utopía de la desalienación. El otro, en buena medida, ha desaparecido (y este es el arquetipo de los '80 en Argentina); nos encontramos autoalienados. Cuando la alteridad -como solicitante- está ausente y queda subsumida en un satisfactor; cuando la saturación apaga la necesidad e imposibilita la abnegación (que es la esencia del movimiento del deseo, según Levinas -24-) cuando ocurre esto se hace más posible plantear el dilema inclusión/ exclusión a las naciones periféricas. Aunque en realidad sólo la subsistencia cultural nos sacaría de este dilema que nos tensiona entre la supervivencia dominada y la aniquilación.

Las "orillas de la penetración tecnológica"

Sin embargo, no todo es tan oscuro. En primer lugar, más que nunca hoy parece fuerte la posibilidad de re-significar o re-semantizar. La re-significación es un volver a dar significado, abriendo a nuevos sentidos un signo, un discurso o un pensamiento. Esto permite pensarnos como forjadores

de nuestras significaciones, para lo que es necesario poseer estrategias político-culturales.

En segundo lugar, fundamental para una justa comprensión de los procesos mediáticos en el contexto de la relación comunicación/sociedad, a estas innovaciones no acceden -al menos por ahora- los que no pertenecen a las clases burguesas. La "nueva cultura" no penetra con mayor significado en la cultura popular.

Hasta aquí hemos hecho, en términos posmodernos, una deconstrucción ("lo que antes llamábamos crítica", diría C. Lèvy- Strauss) de las innovaciones. Debería quedar claro que, si bien las tecnologías innovadoras dejan huellas en la cultura, no determinan linealmente la inclusión en un modelo tecnocrático.

Y también que re-semantizar estas tecnologías y sus géneros es, desde nuestra heterogénea identidad cultural, ponerlas al servicio de un proyecto con una política cultural. Esto implicaría reafirmar que los medios de acción no se deciden técnicamente (como pretende la tecnocracia) sino políticamente. La acción comunicativa debería determinar la acción instrumental y no al revés.

Las inversiones producidas en la cultura política en el transcurso de los '80 (deuda de las tesis light que procuran la superación de pasiones y conflictos) dificultan en un grado importante la definición de una política cultural. El énfasis y la jerarquía puesta en las tecnologías más que en las mediaciones hace además problemático formular estrategias (políticas) que tengan que ver con la cultura. -25-

La "nueva cultura" es una cultura del Antón Pirulero, de la infinita diversificación, de la intimidad y la atomización, que favorece la administración total; pero es una cultura ligada a multitudinarias zonas urbanas. Sólo en la medida en que se hiciera masiva podría llegar a anestesiar el potencial de resistencia y la acción comunicativa en la cultura popular. Es desde la re-significación -como concreta resistencia- desde donde una política cultural debería redefinir los medios y las tecnologías. No casualmente lo que queda invertido en la "nueva cultura" política es la capacidad orgánica de esa re-significación y resistencia popular.

Si hablamos de un aporte de las innovaciones a la descomunicación (en esta cultura de lo des-) no queremos con esto decir que hemos sido ganados por la incomunicación. El testimonio de la no publicitada comunicación popular y sus mediaciones -caracterizadas por la asimetría del lenguaje y por la anterioridad y resistencia a lo dicho- hacen posible un camino para ese proyecto político-cultural.

Notas

-1- Lipovetsky. G. La era del vacío. Barcelona. Anagrama. 1986.

-2- Me pregunto dónde queda la descripción fenomenológica de la existencia en Martin Heidegger, en especial cuando en Sein und Zeit habla de la inautenticidad o impropiedad, y de la "avidez de novedades" como una de las formas cotidianas de estar perdido en el se. En el hundimiento de la cotidianidad, la estructura del ver, de la concupiscencia (un ver con todos los sentidos) se hace "avidez de novedades". Un placer de los ojos, en el que interesa sólo percibir sensorialmente. Esto es válido para comprender también la percepción video-clip.

-3- La transitoriedad clausura -al menos en el marco de la simulación- la dureé como era explicada por Henri Bergson. Recordemos que, también para Heidegger, esta transitoriedad y diversidad impide el descubrimiento del tiempo como historicidad.

-4- Sería interesante aquí comparar el concepto de Heidegger de "avidez de novedades" con el de Marcuse cuando explica la confusión entre placer y felicidad y entre disipaciones administradas para el consumo y ocio.

-5- Lipovetsky, G. Op. cit.

-6- Díaz, E. "¿Qué es la posmodernidad?", en WAA. ¿Posmodernidad? Bs. As., Biblos, 1988; p. 20.

-7- Cfr. Heller, A "Los movimientos culturales como vehículos del cambio", en Letra Internacional, n° 8. Madrid. Pablo Iglesias, 1987-88; p. 23.

-8- Lyotard, J. F. La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Madrid, Cátedra. 1988; pp. 15-ss.

-9- Baudrillard, J. "Video, culto al cuerpo y look", en Fahrenheit 450, rev. de sociología, 1 As., Año I. n° 2, p. 23.

-10- Baudrillard, J. "El éxtasis de la comunicación", en VVAA La posmodernidad, Barcelona. Kairós, 1985; pp. 187-192.

-11- Lyotard, J. F. Op.cit.; p. 96.

-12- Foucault, M. Vigilar y castigar. México. Siglo XXI, 1976; pp. 199-ss.

-13- Cfr. Marcuse, H. El hombre unidimensional, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985; pp. 3 l-ss.

-14- En el sentido que da Heidegger en Sein und Zeit cuando habla del "estado público de interpretado".

-15- Freud, S. Mas allá del principio del placer. Madrid, Orbis, 1984; p. 190.

-16- Marcuse, H. Eros y civilización. Barcelona. Ariel, 1981: pp. 29-30.

-17- Jameson, F. "Posmodernismo y sociedad de consumo", en La posmodernidad; pp. 178-ss.

-18- Owens, C. "El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo", en La posmodernidad; p. 106.

-19- Cfr. Pardo, J. "La pérdida del tiempo buscado". en Letra Internacional (citada); pp. 67.

-20- Gouldner, A. La dialéctica de la ciencia y la ideología. Madrid. Alianza. 1988.

-21- Habermas, J. Ciencia y técnica como "ideología". Madrid. Tecnos, 1984; p.63.

-22- Marcuse, H. El hombre unidimensional, p. 37. Cfr. Eros y civilización; pp.46 y 71.

-23- Vattimo, G. "Destinación de la metafísica. Destinación de la violencia". en Actas del Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía (1987). Córdoba. 1988. Tomo I, pp. 413-419.

-24- Levinas, E. Humanismo del otro hombre. México, Siglo XXI, 1974; pp. 57- ss.

-25- Incluso los paradigmas en comunicación resultan deficitarios porque, además de no dar cuenta de las innovaciones tecnológicas, no explican la alteridad; para explicar nuestra heterogeneidad cultural es hoy imposible partir de los medios o las disciplinas. Cfr. Martín Barbero, J. "Euforia tecnológica y malestar en la teoría", en Rev. Diálogos. n° 20, pp. 6-16; y "La comunicación desde la cultura", en Rev. Alternativa latinoamericana, n° 6. Mendoza, 1987; pp. 42-50.